





# ORFEO XXI

POESÍA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA  
Y TRADICIÓN CLÁSICA

Y LO DEMÁS ES LITERATURA

[I]

Colección dirigida por

JOSÉ RAMÓN GONZÁLEZ

# ORFEO XXI

POESÍA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA  
Y TRADICIÓN CLÁSICA

*Edición de*

PEDRO CONDE PARRADO  
JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ

LLIBROS DEL PEXE  
CÁTEDRA MIGUEL DELIBES

2005



ECOS DE HOMERO EN EL DISCURSO POÉTICO  
CONTEMPORÁNEO.  
LA *ODISEA* EN VERSO

PEDRO CONDE PARRADO



...la *Odisea*  
que cambia como el mar. Algo hay distinto  
cada vez que la abrimos.

Jorge Luis BORGES, *Nubes*

Hoy quiero hablarles, aunque desde una perspectiva muy actual, de ese prodigio literario en el que, hace ya más de dos milenios y medio, alguien que hoy convenimos en llamar Homero relató las aventuras de un peregrino, del «héroe» sin duda más popular de toda la mitología griega. Diré, de entrada, que estoy absolutamente convencido de que, si del edificio de la literatura occidental suprimiéramos de repente la piedra de la *Odisea*, lo más seguro es que ese edificio se nos derrumbara literalmente (nunca mejor dicho), desde el momento en que nos quedaríamos sin obras tales como la *Eneida* y la *Divina Comedia*, seguramente el *Don Quijote*, y, por supuesto, el *Ulises* de James Joyce, entre otras muchas obras: es decir, y pasando del símil arquitectónico al anatómico, la columna vertebral de nuestra literatura.

Podríamos justificar la elección de la *Odisea* y de su protagonista para rastrear su huella en la poesía actual afirmando que, de entre todos los casi innumerables asuntos que ofrece el mundo clásico, es el más presente, con mucho, en las obras que conforman el conjunto de dicha poesía. Y es difícil que alguien rebatiera tal aserto, por la sencilla razón de que probablemente nadie se haya puesto a la tarea de comprobarlo. Se aceptaría, por decirlo así, como una especie de «apriorismo» típico de orador o, en este caso, de conferenciante: «si usted lo dice, así será...». Pero resulta que quien les habla sí que ha llevado a cabo esa labor, o, mejor dicho, la está llevando a cabo en estos momentos. Interesado como estoy por la poesía contemporánea en general, y particularmente por la presencia en ella del mundo clásico greco-latino, me dedico actualmente

a recopilar, con vistas a realizar una amplia antología, poemas de «tema clásico», en sentido amplio, publicados en el ámbito hispánico desde mediados del siglo xx hasta nuestros mismos días. En esa tarea, para la que cuento con la eficaz y muy grata colaboración de Javier García Rodríguez, co-editor de la presente obra, el fruto cosechado a día de hoy es una cantidad que sobrepasa ya los cuatrocientos poemas susceptibles de integrar esa antología. Ello es, de entrada, una clara prueba de que el mundo clásico está muy «vivo» en la creación poética de nuestros contemporáneos. Pero el dato que más nos interesa para esta exposición es que, de esos cuatrocientos poemas, más de cien están dedicados a algún aspecto relacionado con la *Odisea* de Homero: son, si queremos decirlo así, poemas uliseicos. Estamos hablando, pues, de en torno a un veinticinco por ciento (o de una cuarta parte o de un poema de cada cuatro) de la poesía actual dedicada a algún asunto del mundo clásico.

Contamos, por tanto, con un nutrido y variado material para sustentar un estudio del «tema de Ulises» en la poesía hispánica contemporánea. Y empleo el adjetivo ‘hispánica’, porque mi estudio se basa en textos de poetas actuales, españoles e hispanoamericanos, escritos desde aproximadamente el año 1950 en cualquiera de las lenguas que coexisten hoy en España, si bien predominan los redactados en castellano: no por decisión mía, sino porque así es, lógicamente, en la realidad de nuestro panorama literario.

Son, pues, Ulises, sus peripecias y los personajes que, junto a él, intervienen en ellas (Penélope, Calipso, Circe, Nausica, las sirenas, etc.) el mito griego más «visitado» por la poesía actual. Ello obedece a un conjunto de razones plenamente interrelacionadas por el hecho de que el héroe homérico es una especie de compendio de otros muchos cuya historia no es sino el símbolo de algún aspecto clave de la esencia humana: en el «sufridor» Ulises podemos ver la perfecta conjunción de la potencia y la prestancia físicas con la inteligencia y el ingenio, así como el poder de la voluntad y del arrojo frente a la amenaza de lo desconocido (así, el más allá) y frente a la inquietud que provocan tanto una fuerza ciega, brutal y superior (el cíclope Polifemo, por ejemplo) como la irresistible seducción de lo fácil, lo placentero y lo que halaga nuestros sentidos y nuestra mente (Calipso y las sirenas). No en vano se lo ha presentado como «un arquetipo de la existencia humana»<sup>105</sup>, y eso es así, en gran medida, porque se trata

de uno de los personajes menos planos y más contradictorios y complejos de la historia de la literatura, pero sin dejar nunca de ser él mismo: esto es, que en toda y a pesar de toda su «diversidad», siempre seremos capaces de aislar un hombre con unas características muy definidas: toda una personalidad en suma. De ese ser «uno en lo diverso», de es ser alguien «múltiple», nacen los muchos y variados compuestos de *poly-* con que lo define Homero: *polýtropos*, *polýmetis*, *polýphron*; esto es, «el de muchas y variadas argucias», «el de muchos y variados pensamientos», «el de muchas y variadas aventuras».

Y es que «múltiples», en mayor o menor medida, somos todos los seres humanos, ya sea considerados en general, ya, como decía el poeta, «tomados de uno en uno»: podríamos decir que, no ya a lo largo de nuestra vida, sino incluso en un solo día, todos somos capaces de dar pruebas de la mayor de las euforias y de la más oscura de las depresiones, de la más sólida valentía y de la más repugnante de las cobardías, de la inteligencia más fulminante y de la necedad más ridícula, y todo ello en todos los ámbitos: físico, mental y moral.

Alguien podría plantear, y con razón, la duda de si Ulises ha sido un personaje tan importante y recurrente en todos los períodos de la cultura occidental después de Homero. Y lo cierto es que no parece ser así, aunque lo haya sido en muchos de ellos. De lo que no cabe duda es de que el siglo xx se sintió muy identificado con él, tal vez porque el ser humano nunca había pasado por una «odisea» colectiva tan terrible como la de la pasada centuria, con todo su cortejo de cíclopes devoradores, cantos de sirena, tentaciones de Calipso y pócimas de Circe (guerras mundiales, nazismo, fascismo, estalinismo, maoísmo, terrorismo, drogas, viajes espaciales, etc. etc.).

Pasando de lo histórico y antropológico a lo artístico y literario, aunque sin olvidar la íntima conexión entre esos planos, podemos afirmar que Ulises ha pasado por una especie de «remitificación» o de «segunda fase de mitificación», en la que el personaje ha experimentado, más

<sup>105</sup> Es ese el título de un todavía reciente e interesante estudio de corte antropológico firmado por Pilar Choza y Jacinto Choza (Barcelona, Ariel, 1996). En las páginas 13-14 enumeran hasta veintiocho motivos por los que se puede presentar a Ulises como tal arquetipo.

que una «desmitificación» (aunque muchas veces pueda parecerlo), una reorientación de sus rasgos y cualidades míticas. Quiero decir con esto que el lector de comienzos del siglo XXI no puede enfrentarse a la figura de Ulises del mismo modo que uno de comienzos del XX, el cual aún no había conocido la gran cantidad de importantes textos con impronta odiseica que iban a marcar la literatura y el pensamiento posteriores. Y es que, dejando a un lado, pero precisamente por su enorme peso, el caso de James Joyce y su *Ulises*, lo cierto es que el personaje homérico y su circunstancia han sido objeto de mayor o menor atención por parte de muchos de los más conspicuos escritores del siglo pasado, y a veces con un solo, pero esencial, texto: probablemente, tanto o incluso más que la obra del irlandés, ha servido para mediatizar nuestra visión de Ulises y de su viaje un único poema, y no muy extenso además, el excelente y celeberrimo *Ítaca* de Constantino Cavafis, un poema-consejo dirigido a un tú, que es el Ulises que somos todos los lectores del poema, en el que se nos exhorta precisamente a hacer lo contrario del Ulises original, esto es, a no anhelar el fin de nuestro viaje, sino a disfrutarlo, aprovecharlo y alargarlo hasta que apuremos toda la enseñanza que atesora.

Al héroe homérico han dedicado textos, como decíamos, otros muchos de los escritores más destacados del pasado siglo, y cada uno ha ido aportando elementos para esa visión renovada. Nos llevaría mucho tiempo intentar siquiera esbozar el perfil uliseico que conforman todos esos textos, y tampoco es nuestro objetivo. Bástenos citar aquí, para ilustrar lo que afirmamos, nombres como los de Pound, Eliot, Pessoa, Saba, Kasantsakis, Seferis, Joan Maragall o Álvaro Cunqueiro: como puede observarse, en esta lista están algunos escritores que pasan por ser cimeros —cuando no cimas— en sus respectivas literaturas «nacionales».

En lo que atañe a la literatura española del último medio siglo, los estudiosos se han detenido a analizar un fenómeno peculiar: la presencia recurrente de Ulises en el género teatral. Junto a otros menos conocidos, los nombres de Gonzalo Torrente Ballester, Antonio Buero Vallejo, Antonio Gala y Fernando Savater integran la lista de escritores en cuya producción teatral se cuenta una obra dedicada a los personajes de la *Odisea*<sup>106</sup>. Ello supone que la poesía actual, posterior a esas obras, ha recibido la figura de

Ulises mediatizada tanto por esa tradición «internacional» antes reseñada como por estos acercamientos teatrales en la literatura española.

No es casual que dos de los muy escasos trabajos críticos dedicados a la presencia de Ulises en la poesía española de hoy tengan como objeto de análisis uno de los poemas que, a nuestro juicio, la posteridad salvará y seguramente lo incluirá entre los mejores escritos en el último tercio del siglo pasado. A su indudable calidad literaria, une una «radiografía» realista e implacable del *homo urbanus* moderno, aunque pueda parecernos de un pesimismo y nihilismo excesivos; es, más bien, una actitud de desencanto y de decepción ante la vaciedad de la vida, actitud de descreimiento existencial muy frecuente, por lo demás, en la restante producción poética de su autor. Estamos aludiendo —y vamos entrando con ello ya en materia— al «Ulises»\* del poeta sevillano Javier Salvago<sup>107</sup>, un largo poema de ciento veintidós versos alejandrinos pareados con rima asonante (aunque hay alguna que otra en consonante) en el que se nos relata un día en la vida de un publicista asalariado. Se divide en cinco bloques de una extensión desigual que «mimetizan» una jornada cotidiana de trabajo que puede ser la de cualquiera de nosotros: doce versos para el despertar, el desayuno, el primer cigarrillo y el «embarque» hacia el trabajo; veintiséis para describir la jornada matutina, dedicada a escribir «cuñas / para un nuevo producto de belleza»; apenas ocho para una comida en un «chino»; dieciocho para la jornada vespertina, en la que sigue quemándose al servicio del mercado, «Polifemo insaciable»,

<sup>106</sup> Así, *El retorno de Ulises* (1946) de Torrente Ballester, *La tejedora de sueños* (1952), de Buero Vallejo, *¿Por qué corres, Ulises?* (1975) de Gala y *Último desembarco* (1988) de Savater. Sobre estas y otras obras teatrales de tema uliseico pueden verse, entre otros, los trabajos de F. García Romero, «Observaciones sobre el tratamiento del mito de Ulises en el teatro español contemporáneo», *Analecta Malacitana* 20.2 (1997), pp. 513-526, y «El mito de Ulises en el teatro español del siglo XX», *Cuadernos de Filología Clásica (Estudios Griegos e Indoeuropeos)*, 9 (1999), pp. 281-303.

<sup>107</sup> Los dos trabajos a los que aludíamos son los de J. L. Arcaz Pozo, «Mito clásico y poesía española actual: el tema de Ulises en un poema de Javier Salvago», *Exemplaria* 3 (1999), pp. 177-184, y E. Barón, «Javier Salvago: Ulises urbano» en E. Barón, ed., *Literatura comparada. Relaciones literarias hispano-inglesas (siglo XX)*, Almería, Universidad, 1999, pp. 131-138. Todos los poemas marcados con asterisco se recogen en la muestra antológica que conforma la segunda parte del presente libro.

no sin antes perder unas cuantas monedas en la máquina tragaperras que lo ha atraído con su canto de sirena<sup>108</sup>; y cincuenta y ocho largos versos (casi la mitad del poema) para el camino de regreso, que transcurre entre las tentaciones de la juventud que disfruta de la noche y su propia y clara conciencia de no estar ya «para esos trotes»; y luego la llegada a casa, donde asistimos al drama del tedio, la incompreensión, el agrio malhumor y hasta el odio de un matrimonio resquebrajado que sólo se mantiene unido por la existencia de un hijo en común.

Es esa, pues, la sinopsis del «Ulises» que Salvago publicó en 1996. Pero este poeta sevillano había publicado once años antes otro poema de idéntico título. Pues bien, la comparación entre ambos poemas nos brinda no solo dos textos radicalmente diferentes, sino también una curiosidad, una especie de juego literario muy logrado que no sabemos si obedece a un diseño del propio Salvago: en el poema de 1996 que hemos glosado se nos narra, como decíamos, la odisea de un solo hombre en un solo día a lo largo de ciento veintidós versos; en el poema de 1985 cuatro excelentes endecasílabos con rima asonante le bastan y sobran a Salvago para definir la odisea que es cualquier vida de cualquier hombre:

Como el amor, el arte, los deseos,  
los sueños, la aventura o la batalla,  
la vida —este viaje sin retorno—  
lo es todo mientras dura,  
y luego nada.

El mensaje que nos lanzan los dos «Ulises» de Salvago combinados es evidente e incontrovertible: hacen falta muchos versos para contar el tedio de un solo día, pero bastan cuatro para relatar lo que es la suma de muchos días seguidos, esto es, toda la vida. Valen, pues, estos dos poemas por el más extenso tratado de filosofía existencialista<sup>109</sup>.

<sup>108</sup> Sin caer en la superstición de la «numerología», cabe señalar el curioso reparto de versos en los bloques segundo a cuarto: si a la jornada de trabajo mañanero se dedican, como decimos, veintiséis versos, los que nos cuentan la pausa de la comida y la jornada de tarde (ocho más dieciocho) suman también veintiséis. Puede ser casual, pero lo cierto es que tal exacta proporción contribuye al equilibrio entre las partes del poema, que están perfectamente adecuadas a lo que en ellas se relata.

En su estudio sobre el que podríamos denominar «Ulises *maior*» de Salvago, tanto Arcaz Pozo como Barón han señalado con acierto que el hecho de que su asunto sea la narración de un día en la vida de un ser humano conlleva inevitablemente el recuerdo del célebre «Bloomsday» de James Joyce. Pero, a nuestro juicio, las conexiones con el Leopold Bloom joyceano, y con el *Ulysses* en general, no se agotan en ese detalle. El poema de Salvago juega muy hábilmente a mezclar, a lo largo de todo el texto, la acción externa real con los pensamientos del protagonista (su *stream of consciousness*). Así sucede, por ejemplo, con el tabaco, un *leitmotiv* que va pautando todo el poema, de la mañana a la noche: se nos informa de que el protagonista estrena hasta dos paquetes diarios y, en sus propias palabras, de que fuma de manera compulsiva, por «hacer algo», aun sabiendo que le daña; pero se autojustifica, como tantos fumadores, con los típicos y tópicos «de algo hay que morir» y «hay otros venenos que también matan»: Desayuna y enciende, / entre molestas toses, el primer cigarrillo / —le hace daño, lo sabe, lo tiene prohibido, / pero se dice de algo hay que morir. — Qué importa / un poco de veneno más, si la vida es corta, / por mucho que se estire, y está ya envenenada».

Si se acepta esta relación entre el poema de Salvago y la novela de Joyce, tendríamos una clara demostración de lo que señalábamos más arriba: en el camino que va desde Homero a un texto actual tendremos que detenernos a reparar, muchas veces, en esos hitos intermedios que determinan claramente la visión del personaje Ulises que ofrece la literatura actual.

Los poemas de Salvago nos han conducido, pues, al ámbito literario que es objeto de nuestro análisis aquí: la poesía hispánica contemporánea. Es posible afirmar que todos los episodios importantes, y muchos de los que podríamos considerar «secundarios», del relato homérico aparecen recogidos en uno o más del centenar largo de poemas que, como decíamos, tenemos recopilados, hasta el punto de que nos atrevemos a afirmar que

<sup>109</sup> En esa línea de ver la vida, o un día de ella, como una odisea tanto personal como colectiva, se pueden situar otros poemas como los de Vicente Valero, «El viaje» (en *Herencia y fábula*, Madrid, Rialp, 1989) u «Odisea» de Javier Rodríguez Marcos (en *Frágil*, Madrid, Hiperión, 2002).

podríamos contar el viaje de Ulises sirviéndonos de esos textos (de ahí el subtítulo de la presente exposición: «La *Odisea* en verso»); otra cosa es que tal viaje coincidiera exactamente con el que se nos relata en la obra homérica... Así, podemos encontrar poemas dedicados a personajes de «segunda y tercera filas» en el relato homérico como Elpénor, el compañero de Ulises que muere en el palacio de Circe y luego se aparece al héroe en el Hades, o incluso al perro Argo, único ser que lo reconoce a su llegada a Ítaca. Hay, así mismo, poemas basados en los episodios que podríamos denominar más «fantásticos» de la aventura odiseica, como el del Cíclope o el de los Lotófagos. Son estos poemas que se prestan en gran medida a realizar una especie de «transposición» mítica a temas actuales, con una voluntad de total anacronismo —entiéndase sin ningún sentido peyorativo— por parte del poeta: así, por ejemplo, los comedores de la flor del olvido, los lotófagos, son en el poema homónimo de Juana Castro<sup>110</sup> los inmigrantes que compran y consumen el pan del país que los «acoge» para olvidar la tierra que tuvieron que dejar, seguramente para siempre; o en el magistral «Fotografía»\*, del asturiano José Luis Piquero, donde encontramos al Cíclope convertido en el fotógrafo que con el único ojo de su cámara nos está, paradójicamente, «inmortalizando» al tiempo que nos mata, que nos congela en imagen impresa en papel para la que posamos llenos de artificio e impostura.

Pero, de las aventuras que corre Ulises fuera de Ítaca, son las más recurrentes en la poesía actual aquellas en que interviene el elemento femenino, las que podríamos denominar «mujeres de Ulises»: es decir, las Sirenas, Nausica, Circe y Calipso. A propósito de las primeras, seguramente podamos escuchar hoy aquí, de viva voz, el excelente «Desolación de la sirena» con el que clausura Aurora Luque su *Carpe noctem*<sup>111</sup>. En lo que atañe a Nausica, la joven cándida e inútilmente enamorada del extranjero, tan adulto y tan apuesto, que arriba a la corte de su padre, el rey feacio, han sido José Luis García Martín\* y Luis Alberto de Cuenca\* quienes le

<sup>110</sup> En *El extranjero*, Madrid, Rialp, 2000, un poemario muy uliseico que integran otros títulos como «Odiseo», «Penélope», «Nausica», «Lestrigones», etc.

<sup>111</sup> Madrid, Visor, 1994.

han dedicado sendos poemas de muy diferente tono y perspectiva, aunque fieles ambos a lo que sobre ese asunto se nos cuenta en la *Odisea*.

Pero son sobre todo las dos grandes tentaciones de Ulises en forma de mujer, Circe y Calipso, los personajes del relato uliseico que más atraen la atención de la poesía actual: por una parte, Circe, la *Maga* (y las resonancias de tal nombre en el ámbito de la literatura hispanoamericana no precisan glosa, y menos en este año de conmemoraciones cortazarianas), la mujer madura y sabia que puede poner a nuestro servicio toda su experiencia, pero también puede, en contrapartida, domesticarnos en exceso haciéndonos un cerdo más de sus zahúrdas, o, si queremos decirlo así, una pieza más de su colección. De entre los varios poemas que escogen a Circe como asunto, quiero destacar aquí dos muy notables por su calidad y que podríamos considerar, con el permiso de la profesora Ortega Villaro, epigramas, aunque sólo sea por ese verso final, esa «punta» ingeniosa y, al tiempo, inteligente, que los concluye. Me refiero a «Arrepentido Ulises»\* de Juan Antonio Olmedo<sup>112</sup> y a «Circe esgrime un argumento» de Silvia Ugidos\*.

La otra mujer protagonista de este viaje es la ninfa Calipso, esa diosa que tanto lo ama y con la que lo encontramos conviviendo, si bien no «con-sintiendo», en el canto V de la *Odisea*, cuando el héroe entra en la escena del relato. Es la mujer que le brinda un porvenir de felicidad ininterrumpida e, incluso, de inmortalidad, dones que Ulises decide rechazar con tal de regresar a su patria, aunque en ella se sepa condenado al paso del tiempo, a la decadencia y, finalmente, a la muerte. Al final de esta exposición haremos referencia a un bello poema de Federico Silva que parece estar escrito desde la perspectiva de una no nombrada Calipso. Ahora nos detendremos a señalar que dos de los mejores poetas que ha dado la lengua catalana, Francesc Parcerisas y Joan Margarit, nos han legado sendos maravillosos poemas dedicados a Calipso; y una vez más, desde dos perspectivas totalmente opuestas: el de Parcerisas<sup>113</sup> nos cuenta poéticamente la razón por la que Ulises no puede preferir a Calipso: ésta

<sup>112</sup> En *Secreto juego*, Sevilla, Renacimiento, 1992.

<sup>113</sup> En *La edad de oro* (Xulio R. Trigo-Vicente Gallego, eds.), Valencia, Mestral Libros, 1989.

no puede, con todas sus ofertas, quitarle de la cabeza al héroe «el deseo inalcanzado y el recuerdo inalcanzable» de su patria; el de Margarit\*, puesto en boca de la ninfa, muestra el *menyspreu*, el desprecio, de esta hacia el pusilánime, ignorante y desconfiado Ulises, que, en realidad, no se atreve a escoger esa inmortalidad que realmente sería un premio y no una condena. Cuando se arrepienta y trate de encontrar ese bien perdido, esa isla de Ogigia, será ya demasiado tarde, estará solo.

Pero no podemos olvidar que la *Odisea* es, ante todo, la historia de un retorno, de la obsesión por el retorno, que es el motor de toda la acción. Al servicio de ese objetivo pone Ulises su potencia física e intelectual, ayudado, eso sí, por su «hada madrina», la diosa Atenea. Ese viaje de retorno —y es algo muy significativo— lo inicia acompañado de la parte superviviente de sus hombres que habían peleado en Troya; pero los va perdiendo por el camino y termina quedándose solo ante su destino y afrontando solo la tarea de recuperación de su identidad, de su reino y de su familia.

Y el lugar al que quiere regresar y regresa Ulises es su patria, la isla de Ítaca, una isla, al parecer, no especialmente bella ni extensa ni fértil, pero que es donde están sus raíces y, por tanto, las esencias de su identidad como individuo, además de como soberano de dicha isla. En ella dejó, al partir, padre, madre (a la que ya no verá viva), esposa e hijo: esto es, todas sus «posesiones» humanas, por así decirlo. No parece exagerado afirmar que Ítaca es, entre todos los territorios míticos o cuasi-míticos célebres por la literatura, el más importante de todos, el de más variadas resonancias en nuestra mente e, incluso, en nuestro corazón de hombres occidentales. Y de ello, como era de esperar, no están exentos nuestros poemas, en los que encontramos a la pequeña isla simbolizando cosas tan aparentemente variadas y variopintas, pero en el fondo tan semejantes, como

—un lugar innominado por el poeta y, por tanto, ignoto para el lector, pero que parece ser algo así como un paraíso perdido y que podría ser la infancia, «refugio / repentino y fugaz donde acuné mis ojos» (Josefa Parra<sup>114</sup>). Un lugar que es explícitamente la infancia en «Ítaca desde el aire» de Enrique Badosa<sup>115</sup> y muy probablemente en Amalia Iglesias, quien

<sup>114</sup> «Y de repente, Ítaca», en *Elogio a la mala yerba*, Madrid, Visor, 1996.

hace un viaje uliseico frustrado y frustrante a la casa, ahora deshabitada, en la que vivió tiempo atrás y de la que se marcha «con la desagradable sensación de haber profanado / una tumba»); de ahí el título tajante del poema: «Ítaca no existe»<sup>116</sup>. Difícil sería encontrar dos textos como los de Badosa e Iglesias con tan diferente visión de lo que para uno puede ser la Ítaca uliseica.

—pero también puede ser la madurez<sup>117</sup>, con la ancianidad ya muy presentida por próxima, que comparte un matrimonio, todavía capaz de pasión, tras una vida de esfuerzos por sacar adelante, además de ese amor, a los hijos, la casa, el trabajo, etc. Así, en el precioso «Leyendo la *Odisea*» recién dado a la luz por Andrés Trapiello<sup>118</sup>.

—y, lógicamente, también puede ser la muerte, porque como nos dice Cristina Peri Rossi al inicio de «El regreso de Ulises a la patria»\*, «regresar es morir un poco»<sup>119</sup>.

—Ítaca es también la literatura: tanto la pasión de la lectura, «ese puerto feliz al que siempre regreso» (María Victoria Atencia, «Ulises»<sup>120</sup>) como la propia escritura, con todos sus cantos de sirenas, que hacen del creador, a un tiempo, un Odiseo enamorado de ellas, pero atado al mástil, y una Penélope que teje y desteje simultáneamente; porque, según Antonio Tello («Odiseo»)\*, Ítaca es «la tierra que me nombra» y «la palabra que habito».

—y también, ya en enumeración caótica y caprichosa, Ítaca puede ser la libertad de que se ve privado un cetáceo en la enorme pecera de un museo oceanográfico (Iván Tubau), o «una isla flotante que siempre se desvanecía / y que llevaba el nombre extraño de Penélope» (Ilya Topper), o la España de la posguerra a la que prefiere volver un exiliado, aunque

<sup>115</sup> En *Mapa de Grecia*, Barcelona, Plaza y Janés, 1979.

<sup>116</sup> En *Un lugar para el fuego*, Madrid, Rialp, 1985.

<sup>117</sup> Título, por un cierto, de un excelente poema de José Cereijo (en *Las trampas del tiempo*, Madrid, Hiperión, 1999) en el que, al llegar a esa etapa de la vida, se nos exhorta: «Aprende a no ser Nadie, como Ulises / a no ser nada».

<sup>118</sup> En *Un sueño en otro*, Barcelona, Tusquets, 2004.

<sup>119</sup> En *Europa después de la lluvia*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987.

<sup>120</sup> En *Las contemplaciones*, Barcelona, Tusquets, 1997.

<sup>121</sup> Tubau: «Ulises. Cuento para niños encarcelados», en *La quijada de orce*, Barcelona,

lo condenen a cinco años de cárcel (Vázquez Montalbán), o un emporio multinacional, como nos dice David Rodríguez en su ácido epigrama de dos versos «Ítaca», o el despertar tras la odisea que siempre es el sueño, pues, al dorminos ¿quién nos dice lo que hallaremos en él? ¿acaso lo recordaremos? ¿quién nos puede asegurar que despertaremos? (Lorenzo Oliván), o el orgasmo (Francisco Castaño), o «el rostro» que, a la vez, «nos salva y nos derrota» (José Gutiérrez), o, por último y por supuesto, el amor, «la fuerza ciega que te hace persistir / y eludir cada noche la locura», magníficos versos con los que Juan Ramón Barat cierra un poema cuyo título es perfecto para concluir también esta parte de nuestra exposición: «Todos los destinos se llaman Ítaca», otro texto más recién publicado en este tan odiseico 2004<sup>121</sup>.

Son esta y otras infinitas, por tanto, la multiforme patria a la que se esfuerza por regresar hoy Ulises en los muchos poemas que de él nos hablan. Y no son pocas entre ellas las que no parecen colmar, ni mucho menos, las expectativas del héroe, lógicamente ansioso e ilusionado por encontrar todo aquello que dejó e, incluso, tal cual lo dejó. Pero que veinte años «no sean nada» sucede sólo en la cándida imaginación de quien protagoniza «Volver», el más odiseico de todos los tangos; un protagonista que, en realidad, somos todos aquellos que lo cantamos o lo escuchamos cantar. Porque, como se pregunta el ya citado F. Parcerisas al comienzo de su «Ulises»<sup>122</sup>, «¿Es posible que, después de veinte años, / la casa, y el padre, y la mujer / todavía lo esperen o lo lloren por muerto?». Y es que, al fin y al cabo, como nos sigue diciendo ese magnífico texto, «Su

Lumen, 1997; Topper: «Mito», en *Años a la deriva* (inédito en 2002), recogido en J. M. García Gil, ed., *11 inicial. Última poesía en Cádiz*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, 2002; Vázquez Montalbán: «Ulises», en *Una educación sentimental* [1967; 1970<sup>2</sup>], recogido en M. García-Posada, ed., *Cuarenta años de poesía española. Antología 1939-1979*, Madrid, Burdeos, 1988<sup>2</sup>; Rodríguez: «Ítaca», recogido en VV. AA., *Voces del extremo. Poesía y conflicto*, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2001; Oliván: «El guardián de sí mismo», en *Puntos de fuga*, Madrid, Visor, 2001; Castaño: «Aveu posthume de la sagesse d'un faune», de *El fauno en cuarentena*, Madrid, Hiperión, 1993; Gutiérrez: «Ulises», en *De la Renuncia*, Madrid, Trieste, 1989; Barat: en *Piedra primaria*, Gijón, Ateneo Jovellanos, 2004.

<sup>122</sup> En *La edad de oro* (Xulio R. Trigo-Vicente Gallego, eds.), Valencia, Mestral Libros, 1989.

retorno tan sólo puede ser un recuerdo, / empedregado y distante, de la felicidad / que reinaba en Ítaca antes de Troya». Ese desierto, ese vacío, ese hueco «irrellenable» que es lo no vivido, cuando uno comprende que la ausencia ha hecho de él un extraño para los demás y, lo que es peor, para sí mismo, al contemplar lo que fue suyo irremediamente transformado por el paso del tiempo, es lo que induce a preguntarse por qué y para qué quiere regresar Ulises. A ello se añade, recordémoslo, que el regreso al origen es el principio de un dejarse morir: si vuelvo es porque ya considero que he hecho todo lo que debía o podía, o bien, porque me siento tan cansado que no puedo hacer más. Pero si vuelvo, debo estar muy seguro de que no queda en mi alma afán ni confianza alguna en la aventura, porque entonces mi regreso será una frustración para mí y para quienes me esperan: siempre verán en mi mirada la nostalgia de lo otro, e, irónicamente, después de haber vuelto por tanta nostalgia de lo mío. Esos son los dos polos, mucho más complementarios que contradictorios, entre los que se mueven bastantes «relatos» sobre el regreso de Ulises en la poesía actual: el no reconocerse en lo que se encuentra al volver y la duda de si, en realidad, se desea —o se deseaba— volver. De ahí la pregunta que a Ulises le dirigen dos poetas actuales, pero con una diferencia de veintidós años entre sus respectivos poemas: son Enrique Badosa en su «Mal consejo a Ulises» y el palentino Joaquín Galán en «La vuelta de Ulises»<sup>123</sup>. Se trata de dos textos bastante similares desde su interrogación inicial: «¿Para qué quieres regresar a Ítaca?» (Badosa) y «¿Por qué vuelves, Ulises?» (Galán); y ambos poetas le plantean al héroe, uno desde la perspectiva de un *tú* más personal y otro más «colectivo», la duda de si ese regreso va a compensarle de lo que dejará de vivir:

¿Por qué volver a Ítaca  
cuando hacen tanta falta  
hombres de aventurar?  
(Badosa)

¿por qué aspirar al lino de almidón? [...]

<sup>123</sup> Badosa: en *Mapa de Grecia*, Barcelona, Plaza y Janés, 1979; Galán: en *La perdición de Ulises*, Palencia, Cálamo, 2004.

¿por qué vuelves, Ulises,  
sediento de aventuras todavía?

(Galán)

Badosa y Galán coinciden en «amenazar» a Ulises con que, si decide volver a su patria, lo que le espera es el, llamémosle, «infierno de la cotidinaeidad», de lo monótono, rutinario, anodino y, sobre todo, lo de antes de que partiera; esto es, el rostro más desagradable del pasado proyectado en el futuro, un futuro idéntico al que vive el Ulises de Salvago.

Pues bien, unos por ese no reconocerse en el regreso, otros por la amenaza de lo «bueno conocido» y otros por ambas razones, son muchos los Ulises que, en la poesía hispánica de hoy en día, deciden o pasar de largo o volver a hacerse a la mar, esa «copa de hembra que muestra su vagina suntuosa» (Mercedes Escolano). Y ello antes de que «el sueño (el de «dormir», no el de «soñar») «saquee sus andrajos» (Iván Carvajal) y antes de verse obligado a exclamar con desgarró, como el Odiseo de José Hierro, «¡Si nunca hubiese vuelto...! / ¡Cuánto mejor si nunca hubiese vuelto!» y terminar reconociendo: «Pero he vuelto / y aquí estoy otra vez, acariciando / este puñado de humo». Y así, para conjurar esos peligros, pasan de largo o dan media vuelta sin entrar a su reino los Ulises de Carlos Clementson («El viajero»\*), de José Luis García Martín («Odisea»\*) y de Francisco Bejarano, cuyo «Ulises»\* se incluye en un poemario muy odiseico y elegíaco titulado, precisamente, *El regreso*<sup>124</sup>.

Señalábamós más arriba la posibilidad, muy lógica por otra parte, de que en el discurso poético contemporáneo acerca de Ulises y su odisea hayan influido las visiones aportadas por la gran tradición literaria de

<sup>124</sup> Escolano: «Ulises se embarca hacia Ítaca», recogido en R. Buenaventura, ed., *Las Diosas Blancas. Antología de la joven poesía española escrita por mujeres*, Madrid, Hiperión, 1986; Carvajal: «Ulises», en *Poemas de un mal tiempo para la lírica*, Quito, Universidad Central, 1980, recogido en *Tentativa y zozobra. Antología 1970-2000*, Madrid, Visor, 2001; Hierro: «Odiseo en Barcelona», en *Agenda* (1991), recogido en G. Corona Marzol, ed., *José Hierro. Antología poética 1936-1998*, Madrid, Austral, 1999; Clementson: en *Archipiélagos (La sinfonía helénica)*, San Sebastián de los Reyes, Universidad Popular, 1995.

principios del siglo xx (Joyce, Pound, Cavafis, Kasantsakis...) y por el teatro español de la posguerra (Torrente Ballester, Buero Vallejo, etc.). Pero no podemos olvidarnos, claro está, de la propia tradición poética española reciente. Voy a apuntar aquí hacia tres textos cuya importancia radica, además de en su contenido, en el hecho de haber sido escritos por tres poetas cuya influencia en la poesía que se escribe actualmente es indudable: me refiero a Luis Cernuda, Jorge Luis Borges y Ángel González, y a sus poemas «Peregrino», «Odisea, libro vigésimo tercero» e «Ilusos los Ulises», respectivamente.

#### PEREGRINO

¿Volver? Vuelva el que tenga,  
Tras largos años, tras un largo viaje,  
Cansancio del camino y la codicia  
De su tierra, su casa, sus amigos,  
Del amor que al regreso fiel le espere.

Mas ¿tú? ¿volver? Regresar no piensas,  
Sino seguir libre adelante,  
Disponble por siempre, mozo o viejo,  
Sin hijo que te busque, como a Ulises,  
Sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.

Sigue, sigue adelante y no regreses,  
Fiel hasta el fin del camino y tu vida,  
No echés de menos un destino más fácil,  
Tus pies sobre la tierra antes no hollada,  
Tus ojos frente a lo antes nunca visto<sup>125</sup>.

#### ODISEA, LIBRO VIGÉSIMO TERCERO

Ya la espada de hierro ha ejecutado  
la debida labor de la venganza;  
ya los ásperos dardos y la lanza  
la sangre del perverso han prodigado.

<sup>125</sup> De *Desolación de la Quimera* (1956-1962), en *La realidad y el deseo 1924-1962*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1964<sup>10</sup>.

A despecho de un dios y de sus mares  
a su reino y su reina ha vuelto Ulises,  
a despecho de un dios y de los grises  
vientos y del estrépito de Ares.

Ya en el amor de compartido lecho  
duerme la clara reina sobre el pecho  
de su rey pero ¿dónde está aquel hombre

que en los días y noches del destierro  
erraba por el mundo como un perro  
y decía que Nadie era su nombre?<sup>126</sup>

#### ILUSOS LOS ULISES

Siempre, después de un viaje,  
una mirada terca se aferra a lo que busca,  
y es un hueco sombrío, una luz pavorosa,  
tan sólo lo que tocan los ojos del que vuelve.

Fidelidad, afán inútil.  
¿Quién tuvo la arrogancia de intentarte?  
Nadie ha sido capaz  
—ni aun los que han muerto— de destejer la trama  
de los días<sup>127</sup>.

Es muy significativo que en esos tres breves textos hallemos perfectamente sintetizadas las razones que pueden inducir a Ulises a no volver o a no resignarse a permanecer en Ítaca. En el emocionante «Peregrino» de Cernuda, sobre todo en sus primeros versos, encontramos la idea del regreso como rendición y, por tanto, como segura vía hacia la lenta autodestrucción; y también el consejo de no detenerse, de hacer camino hasta el final. El redondo soneto de Borges apunta hacia

<sup>126</sup> De *El otro, el mismo* (1964), recogido en *Jorge Luis Borges. Obra poética*, Buenos Aires, Emecé, 1998.

<sup>127</sup> De *Muestra, corregida y aumentada, de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan* (1976-1977), recogido en *Palabra sobre palabra*, Barcelona, Seix Barral, 2004.

la paradoja de los dos Ulises, a cómo el que reconquista, vengador y vengativo, su reino, el que se hace «alguien» obligando a todo el mundo a reconocerlo, aniquila también, y en primer lugar, diríamos, al Ulises primero, al que era «nadie», pero libre como un perro vagabundo. Ángel González, en el poema con que cierra su célebre *Muestra corregida y aumentada...*, define con rotundas y certeras imágenes («hueco sombrío», «luz pavorosa») lo que se encuentra quien, iluso, regresa a buscar lo que un día, muy lejano, dejó atrás. Y es que el tiempo, «la trama de los días», es siempre implacable en su rigor: no hay vuelta atrás posible para revivirlo. El regreso es posible en el espacio, pero no en el tiempo, y el hombre, Ulises, jamás podrá ni con su astucia, ni con su fuerza, ni con su piedad recuperar su verdadera patria: lo no vivido. Personalmente, estamos bastante convencidos de que estos textos —alguno de los cuales, como el de Cernuda, está muy ligado a la experiencia de exilio vivida por el autor— ayudan en gran medida a explicar por qué hay tantos Ulises en la actual poesía que, ya nada ilusos, llegan a las puertas de Ítaca, deciden no entrar y siguen su camino.

Pero también los hay que, agotando tal vez sus últimas reservas de «ilusión», sí prueban a ver qué se encuentran en su reino, qué fue de su esposa y de su pequeño hijo. Es posible que alguien haya notado en esta exposición la significativa ausencia de Penélope y de Telémaco. Digamos que la de la madre ha sido, a un tiempo, voluntaria y obligada, y la del hijo sólo obligada. Y ésta lo ha sido por el hecho de que apenas hemos hallado rastro de Telémaco en los poemas odiseicos recopilados. Pese a ser un personaje de evidente valencia «mitopoética», como la ha tenido de hecho en otras épocas (recuérdese la importancia del Telémaco de Fénelon en la Francia del rey Sol), hoy en día no parece estimular mucho la inspiración de los poetas. El caso de Penélope es muy distinto; tanto, que hemos preferido «silenciarla» (sólo por razones de tiempo, quede claro) ante la mucha voz que tiene hoy en día. Puede decirse que el personaje ha «crecido» en gran medida y se ha hecho bastante independiente. La conexión de este fenómeno literario con el proceso de la llamada «emancipación» de la mujer parece evidente y es mercedor de que se estudie. Sólo recordaremos los varios y excelentes poemas que, desde el propio personaje de Penélope, incluye Francisca Aguirre en su

poemario *Ítaca*\*<sup>128</sup>, y la mayúscula, rebelde y reivindicativa proclama de la gallega Xohana Torres al final de su poema «Penélope»<sup>129</sup>: «Así habló Penélope: / «Existe la magia y puede ser de todos. / ¿A qué tanto embrollo y tanta historia? / YO TAMBIÉN NAVEGAR»». Pero todo ello, con ser de gran interés, ha de quedar para otra ocasión. Aquí señalaremos que no faltan los poemas en los que la renuncia de Ulises a permanecer en su patria viene motivada por el hecho de encontrarse a una «Penélope infiel», una especie de oxímoron que nos puede sonar a algo así como una Lucrecia «ninfómana» o a una Juana de Arco «anglófila». Es el caso que, sin llegar al extremo de asesinarla, como el «Ulises» de Vázquez Montalbán, quien entonces seguramente no sospechara lo habitual que terminaría siendo eso en esta España, se van de Ítaca abandonando a una infiel Penélope los Ulises de José Manuel García Gil y de Javier Krahe<sup>130</sup>, si bien el del primero lo hace inducido solamente por las sospechas y, cómo no, por el «decir de las gentes».

Ante ese «panorama» de desconocimiento propio, ausencia indefectible de lo no vivido, anhelos de lo vivido peligrosamente e infidelidades conyugales, no es de extrañar que algún que otro Ulises tome por «el camino del medio» y decida sencillamente... no regresar. Es el caso que encontramos en el excelente poema «Mensaje en una botella» de Federico J. Silva\*, en el que Ulises se dirige a penélope<sup>131</sup> para decirle que no piensa regresar; que está con otra mujer con la que es plenamente feliz y con la que ha olvidado por completo el antiguo amor que sentía por ella. Los datos que ofrece acerca de esa mujer, a la que no se nombra, remiten evidentemente a la ninfa Calipso («aquí me

<sup>128</sup> Madrid 1972, recogido en *Francisca Aguirre. Ensayo general (Poesía completa, 1966-2000)*, Madrid, Calambur, 2000.

<sup>129</sup> Recogido en *Línula*, 6, Gijón, abril 1991 (traducción del gallego por M<sup>a</sup>. Carmen Panero).

<sup>130</sup> Vázquez Montalbán: «Ulises», en *A la sombra de las muchachas en flor* (1973), recogido en *Manuel Vázquez Montalbán. Memoria y deseo. Obra poética 1963-1990*, Barcelona, Mondadori, 1996; García Gil: «La vuelta de Ulises», en *Las veces del río*, Sevilla, Algaida, 2003; Krahe: «Como Ulises», en *Todas las canciones*, Madrid, Visor, 2003 (canción cantada en el disco *Cábalas y cicatrices*, Madrid, 18 Chulos Records, 2002).

<sup>131</sup> El no empleo de mayúsculas es una opción ortográfica habitual de este poeta.

dan palabra / de inmortalidad juventud», «ella divina entre las diosas / de elevado espíritu [...] / me introduce en la profunda cueva»), con lo que tendríamos a Ulises en el mismo punto en que se encuentra cuando aparece por primera vez en la *Odisea* (canto V). Pero este poema invierte completamente los hechos narrados en la antigua epopeya: el héroe se habría decidido, pues, por el futuro de inmortalidad brindado por la ninfa, desechando la idea de volver, envejecer y morir en Ítaca; y tal decisión se la comunicaría a su esposa mediante este «mensaje en una botella». En este caso, nos encontramos con un elemento paratextual, el título del poema, que es muy ilustrativo del que va a ser el contenido inmediato del texto, y, de hecho, está perfectamente integrado con él: el medio que escoge el «náufrago» Ulises para hacer llegar su mensaje todos sabemos que es, en principio, el único posible para un náufrago, lo que cuadraría al *decorum* del personaje y su circunstancia; pero, al mismo tiempo, es una «vía de comunicación» que resalta el radical alejamiento que se desea establecer respecto a la destinataria: lanzar una botella al mar con un mensaje a una persona concreta es la manera menos segura de que tal mensaje le llegue a esa persona y solo a ella. Dicho de otro modo, a este Ulises, en el fondo, le da igual que el mensaje le llegue o no a «penélope», pues la decisión está irrevocablemente tomada.

Pero también hay Ulises que regresan para quedarse al lado de su Penélope, y aunque son plenamente conscientes del tiempo que ha pasado y de que ya «nada será lo mismo», confían en que el amor los salve a pesar de todo. Así sucede en el maravilloso «Ulises» de José Cereijo, que forma parte de un poemario significativamente titulado *Las trampas del tiempo*<sup>132</sup> y en el que el héroe (el poeta, el lector) habla, más bien susurra, a su Penélope entre la melancolía y la esperanza:

Besarte todavía, mientras en los cristales  
una luz indecisa  
anuncia la llegada de un día no previsto  
en el que vivir juntos, pero esta vez a solas.

Prometerte en voz baja que ya nunca  
me volveré a marchar, y que esta vez sea cierto,

<sup>132</sup> Madrid, Hiperión, 1999.

porque ya no hay caminos  
perdí su recuerdo.

Saber, hermosamente,  
que ya todo es mentira, y que no importa,  
porque, después de la verdad, hay vida,  
o, más allá de una verdad, hay otra.

Y aprender el amor que cabe en tanta ausencia.

Con esta exposición he querido, en definitiva, mostrar la capacidad que poseen los mitos, cuando maduran en arquetipos míticos, para dejarse amoldar a nuevas y probablemente infinitas situaciones. Y si hay mitos que han madurado así, esos son, sin duda, los de Penélope y su marido, este Ulises poliédrico y multiforme que, mientras exista la humanidad, estará eternamente regresando.

<sup>133</sup> Juan Ramón Jiménez: «El amor es el lugar del excremento».

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN . . . . .	9
<i>Versiones, revisiones y (per)versiones del epigrama en las últimas generaciones poéticas</i>	
BEGOÑA ORTEGA VILLARO . . . . .	9
<i>Formas de la elegía en la poesía española reciente</i>	
FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO . . . . .	29
<i>Orfeo ya no vive aquí</i>	
JORGE FERNÁNDEZ LÓPEZ . . . . .	57
<i>Ecós de Homero en el discurso poético contemporáneo. La Odisea en verso</i>	
PEDRO CONDE PARRADO . . . . .	79
SELECCIÓN POÉTICA . . . . .	101
FRANCISCA AGUIRRE	
El viento en Ítaca . . . . .	103
La bienvenida . . . . .	104
JAVIER ALMUZARA	
Goza el destino..... . . . .	105
JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ	
Remedo. Homenaje a Horacio . . . . .	106
La belleza de Helena . . . . .	107
MARINA AOIZ	
Penélope y su mudanza . . . . .	108
RIKARDO ARREGUI	
Casandra . . . . .	109
JULIO AUMENTE	
Jasón . . . . .	111
Colonia Patricia . . . . .	112

ENRIQUE BADOSA	
Helena . . . . .	113
A Marco Valerio Marcial . . . . .	114
JOSÉ BAENA	
Paso de las Termópilas . . . . .	115
ENRIQUE BARRERO RODRÍGUEZ	
Homenaje a Heráclito . . . . .	116
AMALIA BAUTISTA	
Una vez conocí a un tipo tan raro... . . . .	117
FRANCISCO BEJARANO	
Ulises . . . . .	118
VÍCTOR BOTAS	
Epitafio . . . . .	119
Satiricón . . . . .	120
Asuntos bizantinos . . . . .	121
Padre Apolo . . . . .	122
Claudio . . . . .	123
De los nombres de Eurídice . . . . .	124
FRANCISCO BRINES	
Versos épicos . . . . .	125
Palabras a un laurel . . . . .	127
JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD	
Un paradigma . . . . .	128
GUILLERMO CARNERO	
Inepitud de Orfeo y alabanza de Alceste . . . . .	129
Palabras de Tersites . . . . .	130
JUANA CASTRO	
Lotófagos . . . . .	131
JOSÉ CEREDO	
La salvación de Aquiles . . . . .	132
CARLOS CLEMENTSON	
El viajero . . . . .	133
ANTONIO COLINAS	
<i>Mientras Virgilio muere en Brindisi no sabe...</i> . . . . .	134
VII. Órfica . . . . .	135
ÁNGEL CRESPO	
Tema de Orfeo . . . . .	136

LUIS ALBERTO DE CUENCA	
Nausícaa .....	137
Teichoscopia .....	138
HERME G. DONIS	
Nadie .....	140
MERCEDES ESCOLANO	
Plotina Pompeya .....	142
CHECHU GARCÍA	
Egeo .....	143
JAVIER GARCÍA CELLINO	
¡Qué pena! .....	144
JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN	
Nausica .....	145
Unos versos de la Antología Palatina .....	147
Odisea .....	148
ELENA GARCÍA DE PAREDES	
Caronte (línea 6) conduce con desgana .....	149
JAIME GIL DE BIEDMA	
Epigrama votivo (Antología Palatina, Libro VI, y en imitación de Gongora) .....	150
JOSÉ LUIS GIMÉNEZ FRONTÍN	
Habla Epicuro .....	151
JOSÉ LUIS GÓMEZ TORÉ	
Ovidio, borracho, escribe a Roma .....	152
ÁNGEL GONZÁLEZ	
Danae .....	154
Apotegma .....	155
Popular .....	156
JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS	
La canción del verano suena más que la Eneida .....	157
JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO	
Marcial entre el amor y la miseria .....	158
No será tu Leandro .....	160
CARMELO GUILLÉN	
Dafne y Apolo .....	161
ALMUDENA GUZMÁN	
Rosal chino .....	162

TOMÁS HERNÁNDEZ	
<i>Deliciae meae puellae</i> , los gorriones...	164
BEATRIZ HERNANZ	
Yo no puedo ver la extraña melancolía de tus manos...	165
AMALIA IGLESIAS SERNA	
Ítaca no existe	166
SANTOS JIMÉNEZ	
Me gustaría saber latín. Cinco de mayo	168
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO	
El estoico	169
CARMEN JODRA	
Divertimento erótico	170
Ménin aéde, théa...	171
EDUARDO JORDÁ	
Cara y cruz	172
JON JUARISTI	
Del epíteto homérico	173
ABELARDO LINARES	
Orfeo	174
Cuerpo de Dafne	176
FERNANDO LÓPEZ DE ARTIETA	
Juramento ( <i>Catulo</i> )	177
MARTÍN LÓPEZ-VEGA	
Metamorfosis	178
Despertar junto a ti	179
AURORA LUQUE	
Gel	180
Anuncios	181
MARÍA ÁNGELES MAESO	
Advertencia para un turista solitario	183
MANUEL MANTERO	
Oráculo de Atenas ( <i>Atenea</i> )	184
JOAN MARGARIT	
Desprecio de Calipso	185
RAFAEL MARÍN	
invasión de tu cuerpo	186

CARLOS MARTÍNEZ AGUIRRE	
<i>Vivamus, mea Lesbia, atque amemus</i> . . . . .	187
LUIS MARTÍNEZ DE MERLO	
Lycias . . . . .	188
JULIO MARTÍNEZ MESANZA	
Egisto . . . . .	189
Annales VII . . . . .	190
Evémero de Mesene . . . . .	191
JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ MUÑOZ	
Ejercicio de traición . . . . .	192
ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN	
Órfica . . . . .	193
INMACULADA MENGÍBAR	
Un Edipo complejo . . . . .	194
Ícaro . . . . .	195
LUIS JAVIER MORENO	
Alto Homero . . . . .	196
JESÚS MUNÁRRIZ	
Tras haber holgado con Prócula, Prisciliano medita . . . . .	197
ANÍBAL NÚÑEZ	
Gozaba sí de juventud Orfeo . . . . .	198
Anónima defensa de Narciso . . . . .	199
JUAN ANTONIO OLMEDO	
Arrepentido Ulises . . . . .	200
MIGUEL D'ORS	
Ulises navegando . . . . .	201
TERESA ORTIZ	
Ítaca . . . . .	202
JUSTO JORGE PADRÓN	
Orfeo . . . . .	204
LEOPOLDO MARÍA PANERO	
Homenaje a Catulo . . . . .	206
JOSEFA PARRA RAMOS	
Xenócrates recuerda a una mujer . . . . .	208
ALFONSO PASCAL ROS	
<i>Vae victis!</i> . . . . .	209

PILAR PAZ PASAMAR	
Knossos .....	211
JUAN PEÑA	
Malos tiempos para la épica .....	212
AGUSTÍN PÉREZ LEAL	
Imitación de Catulo .....	214
JOSÉ PÉREZ OLIVARES	
Reductos .....	216
Minotauro. El horror .....	218
JOSÉ LUIS PÉREZ PASTOR	
Atque amemus .....	220
CRISTINA PERI ROSSI	
El regreso de Ulises a la patria .....	221
JUAN VICENTE PIQUERAS	
Sísifo sin embargo .....	222
JOSÉ LUIS PIQUERO	
Fotografía .....	223
JOSÉ LUIS PUERTO	
Somos Penélope que espera .....	224
En los andenes, el tumulto... ..	225
DAVID PUJANTE	
Heracles vuelve a la región de los misios .....	226
FERNANDO QUINONES	
Guía del consumidor .....	227
ÁNGELA REYES	
Comienzo a despojarme de estos hilos... ..	230
ROSA ROMOJARO	
Dánae. De <i>Agua de luna</i> .....	232
ANA ROSSETTI	
Paris .....	233
FRANCISCO RUIZ NOGUEIRA	
La manzana de Tántalo .....	234
JAVIER SALVAGO	
Ulises .....	235
DAVID SÁNCHEZ KUNTZ	
Recreación de Apolo y Dafne .....	239

ELOY SÁNCHEZ ROSILLO	
Paris y Helena ( <i>Iliada</i> , III) . . . . .	240
Meleagro de Gádara trenza su <i>guirnalda</i> . . . . .	243
MARÍA SANZ	
Argonauta . . . . .	244
TERESA SHAW	
Berénice . . . . .	245
JAIME SILES	
Himno a Venus . . . . .	247
FEDERICO J. SILVA	
Mensaje en una botella . . . . .	248
TINA SUÁREZ ROJAS	
Mi nombre es Clodia . . . . .	249
ÁLVARO TATO	
Microepopeya . . . . .	251
Tres poemas órficos . . . . .	252
ANTONIO TELLO	
Odiseo . . . . .	256
ALBERTO TESÁN	
Platón aconseja a un guardián de la República . . . . .	257
ÍLYA U. TOPPER	
Mito . . . . .	258
JUAN TORRES JIMÉNEZ	
¡El héroe Eteocles y el traidor Polinices! . . . . .	259
MARCOS TRAMÓN	
Hablará el Oráculo . . . . .	261
ANDRÉS TRAPIELLO	
Mientras hablamos. Horaciana . . . . .	262
Leyendo <i>La Iliada</i> . . . . .	264
SILVIA UGIDOS	
Lecturas griegas . . . . .	265
Circe esgrime un argumento . . . . .	266
JOSÉ ÁNGEL VALENTE	
Anales de Volusio . . . . .	267
Eneas, hijo de Anquises, consulta a las sombras . . . . .	268
JUAN VAN HALEN	
Bestiario, 1. El Minotauro . . . . .	269

LOLA VELASCO	
La impotencia de Narciso .....	270
MIGUEL ÁNGEL VELASCO	
Los versos del gladiador .....	271
Acerca de las heridas de los héroes .....	272
Desasimiento .....	274
JAVIER VELAZA	
Contra Séneca .....	275
MANUEL VILAS	
El joven traductor de Horacio .....	277
LUIS ANTONIO DE VILLENA	
Publius Naso .....	278
Al sol de Verona .....	279
ROGER WOLFE	
Algo más épico sin duda .....	280
PROCEDENCIA DE LOS POEMAS .....	281